

poeresía y la ferocidad, la lujuria y la tiranía, serrallos y cuerdas, matrimonios incestuosos y cadáveres expuestos á las bestias del campo y á las aves; y temiendo razonablemente por sus gargantas, los siete sábios volvieron al imperio cristiano de donde habian huido, contentos con el permiso que Cosroes habia obtenido para ellos de Justiniano, y se reducía á dejarlos vivir en paz y morir entre personas decentes. Así murieron en efecto, legando á la posteridad como su última obra la de Simplicio, titulada: *Comentarios sobre el Enquiridion de Epicteto*, ensayo sobre el arte del egoismo, con arreglo al cual todo hombre puede llegar á ser un fariseo tan perfecto como el mejor. ¡Paz á sus cenizas!... Han ido á su correspondiente sitio.

Wulf habia ido tambien al suyo. El y Smid murieron en España cargados de años y honores, en la corte de Ataulfo y Placidia, habiendo renunciado la soberanía en manos de su legítimo gefe y vivido lo suficiente para ver á Goderico y sus compañeros de armas mas jóvenes establecidos con sus esposas de

Alejandro en las vertientes de donde habian arrojado á los vándalos y suevos para ser los antepasados de los nobles castellanos. Wulf murió en el paganismo en que habia vivido. Placidia, que le amaba como á todos los corazones rectos y generosos, logró una vez persuadirle á aceptar el bautismo. El mismo Ataulfo era uno de los padrinos; y el anciano guerrero iba ya á dirigirse á la pila bautismal, cuando se volvió repentinamente al obispo y le preguntó dónde estaban las almas de sus abuelos paganos.

—En el infierno, respondió el digno prelado.

Entonces Wulf se retiró de la pila, y envolviéndose en su capa de piel de oso, dijo que preferiria, si Ataulfo no tenia objecion que hacerle, ir á reunirse con los suyos. Murió, pues, sin bautizarse, y marchó á su puesto correspondiente.

Victoria gozaba aún de vida y estaba ocupada; pero realizándose el pronóstico de Agustin, habia encontrado perturbaciones en la carne. El dia del Señor habia llegado, y los tiranos vándalos eran á la sazón dueños de las férciles tierras de Africa. Su padre y su herma-



no descansaban junto á Rafael Aben-Ezra, bajo los muros arruinados de Hipona, habiendo sucumbido muchos años antes en la vana tentativa de libertar á su país de los innumerables invasores. Pero murieron como héroes, lo cual sirvió de satisfaccion á Victoria. Y se susurraba entre los afligidos católicos, cuyo ángel de misericordia era, que tambien ella habia sufrido extraordinaria miseria y vergüenza.... que sus delicados miembros llevaban las cicatrices de horribles torturas.... que un cuarto de su casa, donde no entraba mas que ella, contenia la tumba de un niño, y que pasaba largas noches de oracion en el punto en que yacía su único hijo, martirizado por los perseguidores arrianos. Aun mas, algunos de los pocos que habiendo osado arrostrar aquella tormenta, sobrevivieron á su furia, aseguraban que Victoria, en medio de su desgracia yagonia, habia animado al tímido niño á soportar su gloriosa muerte. Pero la perturbacion que encontró en la carne no alcanzó hasta su espíritu. Con los mismos claros y alegres ojos que caminaba junto á su padre en el campo de Ostia, vagaba entre las victi-

mas de la rapiña y persecucion vandálicas, empleando en atender á los mutilados y enfermos y á los que habian perdido su hacienda, los pequeños restos de su antigua riqueza, y atrayéndose, por medio de la pureza y la piedad, el respeto y favor hasta de los bárbaros conquistadores.... Tenia su mision que desempeñar: la desempeñó, y se sintió satisfecha, y á su debido tiempo fué tambien al sitio que la correspondia.

El Abad Pambo, lo mismo que Arsenio, habian muerto hacia algunos años, y ocupaba el puesto del abad por disposicion suya al morir, un ermitaño del desierto vecino, famoso en muchas millas á la redonda, por su extraordinaria austeridad, sus incesantes oraciones, su apacible sabiduría, y segun se susurraba, por varias cosas que no podian atribuirse mas que al poder de hacer milagros. Aun en la flor de su juventud fué arrancado, á pesar de sus ruegos, de la grieta de una elevada roca para presidir en los Lauros de Scetis, y ordenado diácono á insinuacion de Pambo por el obispo de la diócesis, el cual, pasados tres años, dispuso que se ordenase de sacerdote. Los monges de mas edad



consideraban indigno de ellos el ser regidos por un hombre tan joven; pero el monasterio prosperó y se aumentó rápidamente bajo su gobierno. Su dulzura, paciencia y humildad, y sobre todo, su admirable conocimiento de las dudas y tentaciones de los pecadores, atraeron pronto á su lado á cuantos por su sensibilidad ó mal humor eran un elemento de discordia en los monasterios de aquellos contornos. A él se acogían igualmente, como á David en las montañas, los descontentos y los oprimidos. Los abades vecinos quisieron al principio formarle un cargo de que se sentase á la mesa con publicanos y pecadores; pero tuvieron que callar al ver que las personas que ellos habían lanzado de sí como réprobos, trabajaban pacífica y alegremente bajo Filemon. La vieja generacion de Scetis contemplaba también con horror el nuevo influjo de los pecadores; pero su abad les respondía:

—Los que están sanos no necesitan médico, sino los que están enfermos.

Nunca se oyó al joven abad hablar duramente de ningún ser humano.

—Cuando hayas tratado en vano siete años de convertir á un pecador, so-

lia decir, entonces tendrás derecho para suponerle peor que tú.

Su doctrina favorita era que había una simiente de bien en todos los hombres, un espíritu divino que luchaba en todas las almas, un Evangelio que transformaría todos los corazones, con tal que los abades y los clérigos supiesen predicarlo; doctrina que acostumbraba á defender cuando de tiempo en tiempo discutía algún punto conforme á los principios de su teólogo favorito Clemente de Alejandria. Especialmente rechazaba toda indicación dirigida á rebajar á los hereges y paganos.

—Nosotros, decía, tenemos la culpa de que haya hereges é incrédulos, pues si fuésemos un solo día lo que debemos ser, el mundo estaría convertido antes de la noche.

Respecto de una clase de pecados era inexorable... hasta feroz, á saber: los pecados cometidos por eclesiásticos. A medida que un hombre gozaba más reputación de ortodoxia y santidad, el juicio de Filemon á cerca de él era más severo é implacable. Los acontecimientos le probaron repetidas veces que había sido injusto, y entonces ninguno



confesaba su error con mas franqueza ni se humillaba por ello mas amargamente. Pero nunca se desvió de su regla; y los fariseos del Nilo le temian y evitaban tanto como le amaban y seguian los publicanos y pecadores.

En su conducta solo una cosa parecia censurable entre las personas justas que no necesitaban arrepentirse, y era que en sus actos mas solemnes de devocion, en aquellas largas noches de incesante oracion y disciplina, que le valieron la fama de santidad sobrehumana, se mezclaban siempre en sus oraciones los nombres de dos mugeres. Y habiéndose atrevido un digno hermano de mas edad que él á insinuarle que esto causaba algun escándalo á los hermanos mas débiles, respondió:

—Es verdad; dí á mis hermanos que ruego todas las noches por dos mugeres, ambas jóvenes, ambas hermosas, ambas amadas por mí mas de lo que amo mi alma, y diles tambien que una de ellas fué prostituta y la otra pagana.

El anciano monge llevó la mano á la boca y se retiró abriendo tamaños ojos.

Nos parece mejor extraer el resto de su historia de un fragmento inédito de

la *Hagiología Nilótica de Graidiócoloyrtus Tabennititus*, cuya obra en su mayor parte fué destruida en la toma de Alejandria por Amrú, el año 640 de la Era cristiana.

Despues de haber el dicho abad regido el monasterio de Scetis por espacio de siete años, con rara prudencia, resplandeciendo en virtud y milagros, aconteció que una mañana se retardase su asistencia al Oficio Divino. Con tal motivo, cierto hermano que era tambien diácono, fué enviado á averiguar la causa de tan desusada ausencia, y halló al abad tendido en el piso de su celda, semejante á Balaam en la carne, aunque muy diferente en el espíritu, hundido en éxtasis, si bien con los ojos abiertos. No atreviéndose á despertarle, se sentó junto á él hasta mediodia, juzgando con razon que en aquel accidente habia algo de sobrenatural. Al mediodia el santo se levantó sin manifestar la menor sorpresa, y dijo:

—Hermano, prepara los Divinos elementos para que pueda consagrarlos.

Y como el otro le preguntase por qué le hacia tal encargo, el santo le contestó:



—Porque quiero participar de ellos con todos mis hermanos antes de partir. Pues está seguro de que hoy en siete dias volaré á las mansiones celestes. Esta noche se me han aparecido en sueños las dos mugeres á quienes amé y por las cuales ruego, una vestida de blanco y otra de color de rubi. Me tomaron por la mano y me dijeron: “La vida futura no es lo que imaginas; ven con nosotras y te convencerás.”

Turbado el diácono al oír estas palabras, salió; pero tanto por deber de obediencia, cuanto por respeto á la santidad del abad, no vaciló en preparar los Divinos elementos conforme se lo habia mandado. El abad los consagró y distribuyó entre sus hermanos, reservando únicamente parte del pan y del vino. En seguida, dándoles el ósculo de paz, tomó la patena y el cáliz y dejó el monasterio, dirigiéndose al desierto. Toda la hermandad le siguió llorando, convencida de que no volveria á verle. Pero el abad, al llegar al pié de cierta montaña, se detuvo, y bendiciéndolos les mandó retirarse y los despidió con estas palabras:

—Como habeis sido amados, amad.

Como habeis sido juzgados, juzgad. Como habeis sido perdonados, perdonad.

Y subiendo, desapareció de su vista. Los hermanos se volvieron al convento atónitos, y oraron y ayunaron por tres dias; pero al fin el hermano mas viejo, avergonzado como Eliseo ante las súplicas de los discípulos de Elías, envió á dos de los mas jóvenes en busca de su abad.

A los cuales les sucedió una cosa notable y milagrosa. Pues habiendo subido á la misma montaña donde dejaron al abad, hallaron allí cierto pueblo moro, no contrario á la verdad cristiana, y supieron de él que dias antes un sacerdote habia pasado por allí con una patena y un cáliz en la mano, y que despues de bendecirlos en silencio, habia atravesado el desierto en la direccion de la Cueva de la Anima.

Como inquiriesen entonces quién era esta Anima, los moros respondieron con asombro que hacia cosa de veinte años habia llegado á las montañas una muger mas hermosa de lo que nunca se habia visto en aquella region, ricamente vestida, que despues de morar breve tiempo en medio de su tribu, habiendo



distribuido entre ellos las joyas que llevaba, habia abrazado la vida eremítica y habitado en la cúspide mas alta de una montaña vecina, hasta que faltándole los vestidos se ocultó de todo el mundo, excepto de unas pocas mugeres de la tribu, que iban de cuando en cuando á verla con ofrendas de frutas y harina y á pedirle la bendicion de sus oraciones, ante las cuales se presentaba raras veces, cubierta hasta el suelo por negros cabellos de excesiva longitud y brillantez.

Al oír este relato, los dos hermanos dudaron un momento; mas al fin, decididos á seguir adelante, llegaron al ponerse el sol á la cima de la montaña que les habian indicado.

Allí se ofreció á su vista un gran milagro. Sobre una sepultura abierta, recientemente cavada en la arena, se veía una nube de buitres y otras aves de rapina, á las cuales ahuyentaban de aquel sitio dos leones, como si les estuviese encomendada la custodia de algun sagrado depósito. Los dos hermanos, fortificándose con la señal de la santa cruz, se dirigieron hácia ellos; y entonces los leones, juzgando cumplida su mision,

se retiraron y dejaron ver á los hermanos un espectáculo, que éstos contemplaron con asombro y no sin lágrimas.

Porque en la sepultura abierta yacía el cuerpo de Filemon el abad, y á su lado, envuelto en la capa del mismo, el cadáver de una muger excesivamente hermosa, tal como la habian descrito los moros. Unido á ella en estrecho abrazo, como dos hermanos, el abad habia entregado su alma á Dios, administrando antes á la muger el Santísimo Sacramento; pues que, junto á la sepultura, estaban la patena y el cáliz, sin su divino contenido.

Habiendo visto todas estas cosas en silencio, consideraron que su inteligencia pertenecia al tribunal divino, y que no necesitaban ser comprendidas por hombres consagrados á Dios. En tal concepto, despues de llenar la sepultura á toda prisa, volvieron llorando á los Lauros, y relataron lo que habian visto; y yo, el escritor, habiendo recogido estos hechos de bocas sacrosantas y dignísimas de fé, puedo decir solo que obraron cuerdate.

Antes de volverse, uno de los hermanos, registrando la cueva donde habita-



ba la santa muger, no encontró en ella alimento, muebles, ni nada mas que un brazaletes de oro, de gran tamaño y raro trabajo, grabado con caracteres extranjeros, que ninguno supo descifrar. Cuyo brazaletes, llevado á los Lauros de Scetis, y dedicado allí en la capilla á la memoria de la bienaventurada Anima, puso fuera de duda la santidad de ésta con los milagros que obró su virtud. Innumerables personas acudieron de toda la Tebaida, atraídas por la fama de la sagrada reliquia. Pero despues que la vandálica persecucion de Hunerico y Genserico hubo devastado el Africa, enriqueciendo la Iglesia Católica con un sin número de mártires, ciertos bárbaros de raza vandálica, imbuidos en la perversidad de los arrianos y envalentonados por el triunfo, salieron de Mauritania y se lanzaron en la region Tebaida, saqueando é incendiando todos los monasterios, é insultando las vírgenes consagradas al Señor. Llegaron por último al monasterio de Scetis, y allí, ademas de profanar el altar y robar los vasos sagrados, segun su impía costumbre, se llevaron tambien la santa reliquia, principal gloria de los Lauros,

á saber: el brazaletes de la bienaventurada Anima, pretendiendo sacrílegamente que habia pertenecido á un guerero de su tribu, y explicando como sigue los caracteres grabados en él:

Para Amalrico, hijo de Amal: Smid, hijo de Troll, me hizo.

Dijesen ó no verdad, su sacrilegio no quedó impune; pues tratando de volver á su país, al otro lado de los mares, por el Nilo, cayeron sobre ellos los campesinos, mientras los entorpecía el vino y el sueño, y no dejaron ni uno solo con vida. La piadosa multitud, habiendo devuelto la santa reliquia á su primitivo santuario, obtuvo la recompensa merecida; pues desde entonces es favorecido con nuevos milagros, y por virtud de aquella los ciegos recobran la vista, los paralíticos la fuerza, y los endemoniados la salud, todo en honor de la Ortodoxa Iglesia Católica y de sus Santos.

Así sea. Pelagia y Filemon, como los demas, se dirigieron al sitio que les correspondia, único donde en tales tiempos podian hallar descanso: el desierto y la ermita; trasladándose luego á ese encantado país de leyendas y milagros,



que por muchos siglos recibió en su seno á cuantos vivían santamente.

Ahora, lectores míos, adios. Os he mostrado seres que se os parecen, sin mas diferencia que haberles vestido la toga y la túnica, en vez del frac y del gorro. Permitidme una palabra antes de separarnos. El mismo diablo que tentó á aquellos antiguos egipcios os tienta á vosotros, y el mismo Dios que los hubiera salvado, queriendo ellos, os salvará á vosotros, si queréis. Sus pecados son los vuestros, así como sus errores, su sentencia, su emancipacion. Nada hay nuevo bajo el sol. Lo que ha existido, es lo que existirá. Aquel de entre vosotros que no haya cometido ningun pecado, arroje la primera piedra á Hipatia ó Pelagia, á Miriam ó Rafael, á Cirilo ó Filemon.

FIN.

## INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO.

---

Capít. XVI.— <i>Fenus y Palas</i> , . . .	3
Cap. XVII.— <i>El rayo de luz perdido</i> , . . .	36
Cap. XVIII., . . .	54
Cap. XIX.— <i>Judíos contra cristianos</i> , . . .	83
Cap. XX.— <i>Los medios de vencer</i> , . . .	110
Cap. XXI.— <i>Sinesio</i> , . . .	151
Cap. XXII.— <i>Pandemonium</i> , . . .	209
Cap. XXIII.— <i>Nemesis</i> , . . .	243
Cap. XXIV.— <i>Ovejas perdidas</i> , . . .	252
Cap. XXV.— <i>En busca de una señal</i> , . . .	290
Cap. XXVI.— <i>Intriga de Miriam</i> , . . .	322
Cap. XXVII.— <i>La vuelta del pródigo</i> , . . .	351
Cap. XXVIII.— <i>Amor de muger</i> , . . .	387
Cap. XXIX.— <i>Nemesis</i> , . . .	402
Cap. XXX y último.— <i>Cada cual á su puesto</i> , . . .	428

---